

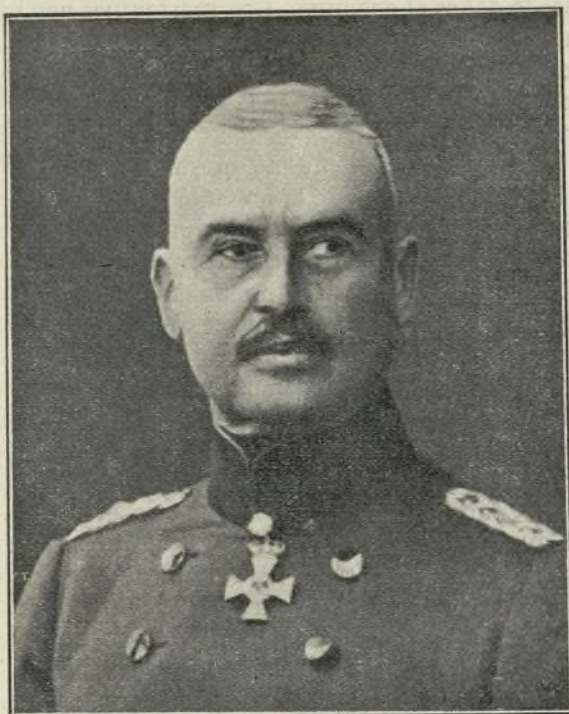
Tren de aerostación alemán. En lo alto, un taube



Cañón italiano de 149 m. n. conquistado por los austro-húngaros en el Paso della Vena

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 22.—BARCELONA 2 DE DICIEMBRE DE 1914



El general Liman von Sanders, jefe de la misión alemana en Turquía y comandante en jefe del ejército turco



Enver Bajá, Ministro de la Guerra en Turquía

CRONICA INTERNACIONAL

I. La Gran Bretaña y Alemania.—II. El Islám.—III. La clarividencia italiana.

I. — La Gran Bretaña y Alemania

Si en tiempo de paz pueden disimularse los defectos nacionales y exagerarse las buenas cualidades, en tiempo de guerra aparecen unos y otras en plena desnudez. Así se nos han presentando ahora todas las naciones beligerantes, y la justicia obliga a reconocer que los dos grandes imperios alemán y británico figuran a la cabeza de la civilización y son dignos rivales el uno del otro. Fuertes, poseídos de su propio valer, sin olvidar jamás, en lo que atañe a los actos oficiales, el respeto que se debe al enemigo, conscientes de sus derechos y resueltos a llegar hasta el fin a costa de los mayores sacrificios, es lástima que no hayan llegado a entenderse, porque lo que antes se presumía ha tenido después plena confirmación: tanto Alemania como la Gran Bretaña son necesarias para la civilización y para la marcha progresiva de la humanidad. Pletóricas de vida ambas naciones, han creído que no cabían juntas en el planeta y se aprestan hace ya tres meses a destrozarse. Y cuando tantos y tantos pueblos necesitan cada día más de la ayuda y de la tutela de ingleses y alemanes, sufre un alto la cultura mundial y va a perderse el

fruto de una labor pacífica de cincuenta años. ¿Qué beneficios reportará la civilización ni el progreso humano con la victoria de Rusia o de Turquía? Sólo podría resultar una regresión a otros tiempos, ya pasados felizmente. ¿Acaso vendrá de Serbia o de Austria, ni aun de la misma Francia, el empuje vigoroso que encauza las energías de las naciones y extiende por doquier los beneficios de nuestra época, lo mismo en lo material que en lo espiritual, en la esfera del derecho que en la de la ciencia? Francia es el país del ingenio y de la superficialidad; saben vestir como nadie, los franceses, las ideas ajenas y hacerlas agradables y asequibles a todos, pero no son ni han sido nunca, como pueblo, grandes pensadores; tampoco hábiles y capaces mercaderes, ni colonizadores ejemplares, ni han sabido jamás sacrificarse individualmente en beneficio de la colectividad. En cambio, Alemania y la Gran Bretaña son los dos países de espíritu público más potente y fuerte, aquellos en que la sociedad está mejor organizada y donde las iniciativas individuales, cuando son acertadas, tienen más franco apoyo de la masa social.

La pasión y el deseo de obtener la victoria, ha ofuscado en algunas cosas a los estadistas ingleses, y

en menor escala, a sus rivales; pero siguen siendo unos y otros dechados de fortaleza y de ecuanimidad, sin caer en las futesas y en las puerilidades, síntomas de debilidad, de otros gobernantes. Los pueblos respectivos no se alarman ni atemorizan porque las noticias de la guerra no sean siempre satisfactorias: saben que el camino que han de recorrer está lleno de abrojos, y sólo miran al término de la jornada, prescindiendo de los obstáculos que puedan interponerse a su avance.

Por otra parte, la cultura inglesa y la alemana, aunque con muchas afinidades entre ambas, eran divergentes por más de un concepto y se completaban. Si la guerra continúa hasta que una de las dos potencias haya sido destruída, todo el mundo tendrá que acomodarse, directa o indirectamente, a un molde único y faltará aquella variedad que tan necesaria es para el desarrollo de las energías humanas.

Ese choque entre Inglaterra y Alemania es un golpe mortal contra la civilización, que sufrirá por lo menos una parada de medio siglo, y aún más en lo que concierne a los pueblos de Asia y Africa. Mirando a lo porvenir, esta será una de las peores consecuencias de la guerra.

II. — El Islám

Sería una ligereza decir que la guerra va bien para uno determinado de los dos partidos. Para todos se presenta mal. No nos referimos a la marcha de las operaciones militares, sino a un aspecto mucho más general y de más trascendencia: el porvenir de los pueblos a quienes alcanza el conflicto. Pero si para alguien las cosas presentan un cariz más amenazador y peligroso, este alguien no puede ser más que la Gran Bretaña y su aliada Rusia. Hace tres siglos que la fuerza de Turquía no se había puesto tan de manifiesto como ahora. Obedeciendo al jerarca de los creyentes, los mahometanos de Africa y Asia han comenzado a alzarse contra sus dominadores. Posible, si no probable, es que la orden no haya sido obedecida por razones puramente espirituales, sino que ellas hayan sido la pudibunda hoja que cubra el ansia de libertad que sienten todos los pueblos, lo mismo los que se precian de civilizados que los que llamamos salvajes.

La rebelión en Egipto se extiende considerablemente. Como todas las noticias que de allí llegan son de procedencia británica, es punto menos que imposible averiguar la verdad, pero harto sospechosos son los hechos del envío de refuerzos indostánicos a Egipto, los ataques de los barcos ingleses a las costas del Asia Menor, los combates en la frontera de Egipto, la actitud francamente hostil adoptada por el Jétive, y más que todo el silencio y la reserva que los ingleses guardan sobre lo que acontece en aquel país.

Dentro de Asia, mientras los persas se ponen al lado de Turquía para hostilizar y molestar a los rusos, los afganes han comenzado a moverse hacia la India. El día que quede cerrado el canal de Suez, bastará muy poco para que una inmensa hoguera se extienda por todo el norte del mar Indico hasta la China; pero sin necesidad de que el canal caiga en manos de los turcos o se cierre, ya no puede caber duda que la Gran Bretaña se ve privada desde ahora

de contar con los recursos del Indostán, porque lejos de poder sacar de allí tropas, tendrá que reforzar sus contingentes, y ha atendido ya, en lo poco que podía, esta necesidad urgente.

La intranquilidad de los mahometanos ha repercutido también en el Marruecos ocupado por los franceses. En la región de Casablanca, Shoya, el ejército francés ha sido sorprendido y ha sufrido un desastre, teniendo cerca de mil bajas, sin apenas haber causado daños al enemigo. Los marroquíes han cobrado bríos y se han envalentonado, y es de temer que se recrudezca la campaña y que vuelva a abrirse el período luctuoso de guerra a sangre y fuego, que parecía ya terminado.

Este despertar del mundo musulmán es uno de los hechos más graves de la presente contienda; porque dado el carácter indómito de aquellas gentes, el poco respecto a las autoridades temporales y su característica independencia, no bastará más adelante que los jefes den la orden de cesar la guerra para que terminen las hostilidades; se sabe cuándo éstas comienzan, pero nunca cuándo acaban tratándose de mahometanos. Y cuando la paz vuelva a florecer en Europa, todavía transcurrirá largo tiempo antes de que renazca en Asia y Africa, obligando entre tanto a las metrópolis a realizar gastos inmensos y derramar mucha sangre. Por otra parte, quedarán siempre fermentos peligrosos y la tranquilidad que disfrutaba la India, por ejemplo, hace cuarenta años, habrá desaparecido para siempre, a menos que se la someta a un régimen menos oneroso, lo que quebrantaría directamente y de un modo sensible la fuerza económica de la Gran Bretaña.

Francia e Inglaterra podrán derrotar, pues, a Alemania, pero han fracasado en Africa y Asia, donde los acontecimientos han tomado un giro desastroso para ambas Potencias.

III. — La clarividencia italiana

Aquellas noticias sensacionales que durante cerca de tres meses nos sirvieron algunos periódicos extranjeros, anunciando la declaración de guerra de Italia contra Austria, los preparativos bélicos de la península de los Apeninos, y la inminencia de la invasión del Trentino y el Tirol, han pasado para no volver.

Los sucesos pasados se aprecian mejor que los contemporáneos, y ahora se ha hecho ya plenamente la luz sobre la conducta y aspiraciones de los italianos.

El Gobierno de Roma, haciendo honor a sus antecedentes, se ha revelado clarividente y profundo conocedor de los intereses de su pueblo. Ha favorecido por igual a los dos beligerantes, ha quedado en libertad de acción, y en el momento supremo presentará la cuenta de sus servicios, que no habrá más remedio que recompensarle. Al mismo tiempo, ha servido la causa de la paz y ha beneficiado a todos los pueblos mediterráneos. Imposible pedirle más.

Gracias a la neutralidad de Italia, Alemania y Austria han tenido abierta una puerta inmensa por donde ha seguido desarrollándose su comercio y por donde entraban los alimentos y primeras materias necesarias. Si Italia hubiese intervenido en el conflicto, las flotas franco-inglesas habrían cerrado el

Mediterráneo y los dos Imperios del centro de Europa se habrían asfixiado teniendo como única salida la muy reducida e insuficiente del Báltico.

Gracias a Italia, por otra parte, Francia ha podido reunir su ejército en la frontera del N. E. y no ha sido ya derrotada sin remedio.

Gracias a Italia no ha estallado otra nueva guerra en los Balkanes y las ambiciones griegas han sido prudentemente contenidas. Y gracias también a Italia, Turquía ha podido intervenir en la guerra a favor de los austro-alemanes, y se mantiene todavía la resistencia de Serbia y Montenegro.

Todos, por consiguiente, se han beneficiado de la neutralidad de Italia, aunque si fuéramos a compulsar las ventajas de unos y otros, tal vez quienes más agradecidos han de estar a los italianos han de ser sus aliados Alemania y Austria-Hungría.

Pero quien más beneficios ha de reportar de esa sabiduría de los hombres de Estado de Roma, es el pueblo italiano. La importancia de la Península se agiganta cuanto más pasa el tiempo, y su papel es cada día mayor. Si del choque final entre los beligerantes quedan ambos destrozados, la hegemonía del Mediterráneo quedará en gran parte en poder de Italia, a la que se presentará un espléndido porvenir en Africa.

Hasta los irredentistas más irreconciliables han acabado por comprender el acierto de esta política, y el espíritu público, casi en masa, está al lado del Gobierno. Y no sólo esto, sino que poco a poco va acentuándose un movimiento de opinión a favor de la intervención, cuando la hora suene, al lado de Alemania, acaso porque todos van comprendiendo que la situación de la Gran Bretaña y de su aliada Francia no es tan firme como al principio se había supuesto.

En este momento, puede resumirse la actitud de Italia diciendo que, dentro de su neutralidad, vigoriza los lazos que la unen a Alemania y Austria. Su actitud definitiva dependerá, más que de lo que acontezca en los campos de batalla europeos, del giro que tomen los acontecimientos en Asia y en el N. de Africa.

Como quiera, los hombres políticos italianos se han hecho acreedores a la gratitud de todos, lo mismo de los beligerantes que de los neutrales, y han ganado la guerra sin necesidad de desenvainar la espada. Nada más honroso puede decirse en su elogio.

F. LARÍN.

LA TOMA DEL FUERTE DEL CAMPO ROMANO POR LOS ALEMANES

Los corresponsales en el teatro de la guerra han dado interesantes detalles acerca de este hecho de armas, que ha sido llamado por la prensa francesa. El corresponsal del *New-Yorck Times* dió la siguiente descripción:

«Desde un punto situado en una altura no lejos de Saint-Mihiel se descubre todo el campo de batalla que ha sido testigo de la lucha que sostienen los alemanes para romper la línea de fuertes existente entre las plazas de Toul y Verdun y derrotar a las fuerzas francesas que hay en observación en estos lugares.

A lo lejos se descubren los llanos del valle del

Mosa, con las ciudades de Saint-Mihiel y Banon-court.

Más allá se alza una línea de alturas que los franceses defienden con obstinación en posiciones atrincheradas situadas al N. y al S., tratando a su vez de atravesar el Mosa para proteger mejor aquella línea de defensa de tanta importancia.

Las nubes de humo blanco y negro denotan las posiciones de artillería, mientras que otras pequeñas nubecillas que se agrupan momentáneamente a lo lejos indican los puntos que son batidos por el atacante.

De vez en cuando, un aeroplano vuela sobre las líneas, pero las posiciones de infantería y artillería propiamente dichas quedan invisibles a menos que se posea un buen anteojo de campaña, porque los ejércitos se cubren con el mayor cuidado. El observador que no esté iniciado en estas cosas de la guerra moderna creería que se encuentra ante un campo desierto y no en el escenario de una gran batalla, que si se decidiera a favor de los alemanes obligaría a los franceses a replegarse a las posiciones atrincheradas del Aisne.

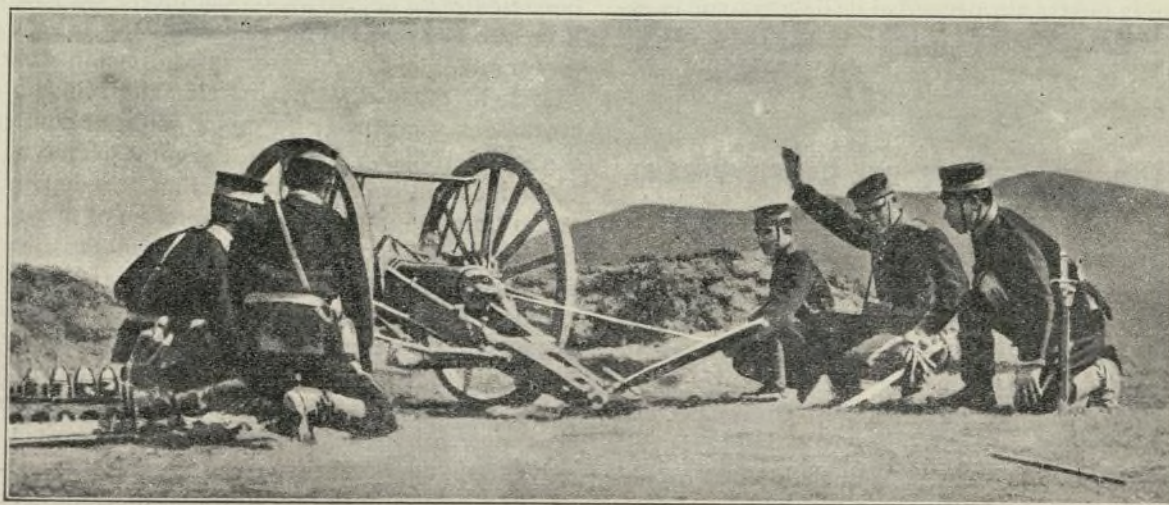
A unos cinco kilómetros, al otro lado del Mosa, una mancha cuadrangular de color oscuro señala los parapetos de tierra del fuerte les Paroches, que la noche pasada ha sido reducido al silencio por los alemanes.

El fuerte del Campo Romano, así llamado porque las legiones romanas lo escogieron hace siglos para que acamparan sus legiones, ha sido asaltado por la infantería bávara dos días después de haber sido desmontados sus cañones; los oficiales de artillería dicen que el fuerte Liouville, veinticinco kilómetros al S. y fuera del alcance de la vista, ha sido reducido también prácticamente al silencio porque sólo una de sus torres acorazadas responde todavía al fuego.

En Saint-Benoit, una columna de 300 prisioneros franceses aguarda a pie firme cerca del cuartel general. Todos los hombres que la componen son jóvenes, de buena presencia, formando contraste con los reservistas que dominan en los campamentos de prisioneros. Pertenecen indudablemente a las mejores tropas de línea, y son tratados con deferencia por sus guardianes, pertenecientes a la landwehr, hombres barbudos de la Alemania del sur. Son los sobrevivientes de la guarnición del fuerte del Campo Romano, que realizaron una defensa tan enérgica y persistente, que conquistaron la admiración y el respeto de los oficiales y soldados alemanes. Sus torres acorazadas y muros de hormigón, aunque contruidos con arreglo a los más recientes métodos de la fortificación hace pocos años, han sido destruidos en un tiempo inesperadamente breve por la artillería alemana en cooperación con los cañones austriacos. Sus cañones quedaron silenciosos y las trincheras fueron atacadas por los trabajos de zapa ejecutados por un numeroso contingente de zapadores y de infantería, que consiguieron llegar a cubierto hasta una distancia de cinco metros del fuerte; sólo entonces se retiraron los defensores a las casamatas del fuerte. En este lugar mantuvieron una resistencia desesperada y rehusaron las repetidas intimaciones que se les dirigieron para que capitularan. El atacante acudió al empleo de granadas de mano, que estallaban en las aspilleras y aberturas de las casamatas, llenan-



Línea de fuertes franceses entre Verdun y Toul



Artillería japonesa disparando contra el fuerte Iltis, de Tsing-tau



Grupo de zapadores, mandados por el teniente Curt Nobiling, que obtuvieron la cruz de hierro por su heroico comportamiento al volar la vía férrea de Verdun-Saint Mihiel

do estas de cascos y humo. Los zapadores, arrastrándose por el ángulo muerto de las casamatas, donde no podía alcanzarles el fuego de los defensores, pusieron tubos contra las aberturas de la ciudadela y lanzaron al interior gases asfixiantes y humo.

«¿Tenéis bastante?», preguntaban, y los defensores respondieron que no. La operación fué repetida una y otra vez, sin que se debilitara la resistencia de la guarnición, hasta que finalmente llegó a hacerse imposible la respiración y el fuerte se rindió. Los sobrevivientes de la guarnición fueron sacados de aquel lugar y reanimados por la respiración del aire atmosférico; los alemanes presentaron las armas a su paso, como tributo de admiración a la heroica resis-

tencia de los franceses. Se les otorgaron las condiciones de capitulación más honrosas y se permitió a los oficiales que conservaran las espadas, siendo acogidos en todas partes con el mayor respeto.

»Me fué imposible ver de cerca los famosos morteros de 42 centímetros, que tan desastrosos efectos causaron en los fuertes de Lieja y de otras plazas, y que constituyeron la gran sorpresa de los comienzos de la guerra. Desde Metz se oían sus disparos, que tenían lugar a intervalos regulares de cinco minutos.

Las baterías de estos morteros se excavan en el terreno, de modo que sólo las bocas de las piezas asoman por encima de los parapetos; a una distancia



El general ruso Rennenkampf, en un reducto cerca de Grodno, examinando las posiciones del enemigo

de un kilómetro se distinguen perfectamente los fogonazos de los disparos.

Sus hermanos pequeños no se guardan con tanto misterio. Una batería montada del calibre inmediatamente inferior cruzó conmigo en una carretera; los cañones alemanes de 21 centímetros y los austriacos de 30,5 no se mantienen secretos.

A 16 kilómetros al S. se encuentra una posición de cañones austriacos de 30,5. Los dos cañones están al lado del camino, ocultos por delante por un bosquecillo, pero expuestos a las vistas laterales y de atrás.

A causa de su situación muy expuesta, esta batería ha tenido varios muertos y heridos. Aquí, como en las baterías alemanas, el fuego se ejecuta de un modo casi mecánico y con tanta serenidad que parece que se está en un campo de instrucción y no en un campo de batalla. La tropa realiza su cometido con la misma sangre fría que si ejecutase una labor mecánica. Las granadas se conducen en vagones, una cadena las eleva hasta el cierre de la pieza y se dispara acto seguido; después de cada tiro se hace corta pausa, esperando que llegue el aviso telefónico del observatorio del fuego. La batería ha estado cañoneando todo el día el fuerte Liouville a una distancia de 9,400 metros, y el comandante de la batería se ha esforzado en desmontar el único cañón acorazado que aún contesta. La tarea de encontrar este minúsculo blanco, que sólo mide trece o catorce metros de diámetro, se ejecuta con tanta escrupulosidad que es de creer que pronto tendrá felices resultados.»

Los corresponsales alemanes refieren otros episodios de la toma del fuerte del Campo Romano, desprovisto de los caracteres dramáticos y literarios del relato anterior. De la *Franckfurter Zeitung* tomamos los párrafos que siguen:

«La cote Lorraine es una sierra que forma un profundo precipicio al E., mientras que por el lado opuesto su elevación es insignificante. Estas posiciones fueron las primeras que se tomaron con el concurso de nuestra artillería pesada. Las salidas que en grandes masas verificaron los franceses en dirección de Verdun y Toul fueron rechazadas brillantemente, habiéndose logrado que el enemigo desistiese de ellas.

«Al cesar los ataques a los flancos, el comandante en jefe del ejército alemán creyó llegado el momento de atacar el centro enemigo, y la acertada disposición de esta maniobra fué tal, que las posiciones francesas cayeron sucesivamente en nuestras manos.

«Aun después de estos éxitos, la posesión de la sierra no se había declarado completamente en nuestro favor, porque los franceses disponían de una segunda línea de defensa, en la que resistieron tenazmente, aunque también acabaron por perderla. Cuando conseguimos dominar toda la sierra, empezaron los ataques a los fuertes de defensa de la última línea, que el enemigo había ido reforzando con sus más potentes cañones y las piezas que pudo retirar de las posiciones avanzadas.

«Los alemanes dirigieron primero su acción contra los fuertes que formaban el grupo central, siendo atacados los fuertes de Troyon, batería de Paroches, fuerte del Campo Romano y fuerte de Liouville.

«Un nutridísimo e incesante fuego de nuestra artillería gruesa redujo pronto al silencio los fuertes del enemigo, procediendo enseguida al ataque y conquista del fuerte del Campo Romano, cuyas condiciones estratégicas le dan una importancia excepcional. La guarnición francesa defendió su posición con denodado valor, y sólo se rindió después de haber entrado los alemanes al arma blanca en el fuerte. Varias veces el fuego entre atacantes y atacados se ejecutó a una distancia de cinco metros. Las obras de defensa de los fosos fueron destruidas por medio de tubos inflamables y granadas de mano. Se rindieron 450 hombres de la guarnición, siendo considerable el número de muertos. Como recompensa a su valiente comportamiento, se les concedieron los honores de la guerra. Las tropas que habían tomado parte en el asalto presentaron las armas, las banderas flotaron al aire, inclinándose en señal de homenaje al valor, y después de estas ceremonias los vencidos arrojaron las armas y se entregaron prisioneros. Los he visto personalmente. Son casi todos hombres robustos y de elevada estatura, bien vestidos y con aspecto marcial. En prueba de admiración por su bravura, se ha concedido a los oficiales el favor de que conservasen sus espadas.»—Firma este relato herr G. Pertel.

La agencia Wolf, a su vez, dió a conocer otro episodio:

«Una medida preliminar importantísima para la toma del fuerte del Campo Romano y la operación que dió por resultado la ruptura de la línea de fuertes que hay entre Verdun y Toul, fué la destrucción de la línea férrea entre Verdun y Saint-Mihiel, por la que los franceses recibían constantemente municiones de boca y guerra. El hecho temerario que sigue ha sido llevado a cabo por dos oficiales de ingenieros y 24 zapadores, quienes aprovechando las sombras de la noche atravesaron a nado el Mosa y, burlando a los centinelas enemigos, se dirigieron por un camino largo y pantanoso inmediato a los campamentos enemigos, haciendo saltar la línea del ferrocarril y destruyendo el telégrafo subterráneo entre Verdun y Saint-Mihiel.

«Todos los héroes que pudieron regresar fueron condecorados con la cruz de Hierro.

«Uno de los oficiales que tomaron parte en la hazaña comunica la siguiente información:

«La noche estaba obscurísima: una lluvia tenaz, acompañada de fuerte viento, molestaba nuestros movimientos. Cuando partimos, conocíamos las posiciones del enemigo en esta margen del Mosa, pero no las que ocupaba en la orilla opuesta. Sólo por medio del mapa sabíamos el trazado de la línea y los ocho puntos en que habíamos de colocar nuestros explosivos.

«La primera parte de nuestra empresa era relativamente sencilla. Se trataba sólo de cruzar la línea de las fortificaciones francesas y atravesar a nado el canal de la parte de acá del Mosa, vigilado por numerosos centinelas. El éxito acompañó la primera etapa de este plan, en la que tuvimos que dar muerte a un centinela sin alarmar a los demás. Continuamos nuestra marcha a través de los pantanos, llenos de fosos y agua; estábamos calados hasta los huesos y el frío nos hacía castañetear los dientes, y el fango nos cubría de arriba abajo. El río por este sitio tiene una

anchura de 50 metros. Dejé el sable en el suelo y me eché a nadar el primero, pero la corriente era tan fuerte y resultaba tan penoso el movimiento, que volví a tierra y dije a los soldados que se quitaran las botas y se aligeraran todo lo posible. Los cartuchos explosivos y las mechas los llevábamos sujetos a la cabeza y cubiertos con la gorra. Gran trabajo nos costó salir del agua a causa de lo fangosa y resbaladiza que estaba la orilla. Lo conseguimos al cabo, no sin muchas dificultades. Seguimos andando con lodo hasta las rodillas, y a veces expuestos a quedar enterrados en él. Por fin llegamos al sitio adecuado para destruir la línea. Colocamos los cartuchos, encendimos la mecha y nos retiramos, siempre con el temor de ser descubiertos por las tropas acuarteladas en la aldea de Banoncourt o por el destacamento acampado junto al puente. El ruido de la explosión atrajo a una patrulla de caballería que nos vió y disparó contra nosotros; por esta vez, los pantanos nos protegieron. El camino de vuelta fué el mismo. Por último llegamos a una aldea a esta parte del río, donde revólver en mano exigimos vehículos y caballos. Empezamos una desenfrenada carrera, y muertos de frío llegamos a nuestros alojamientos. Al día siguiente fuimos agraciados todos con la cruz de Hierro. El hecho no ha costado la vida más que a un oficial y a varios soldados que se ahogaron al atravesar a nado el Mosa.»

A PROPÓSITO DE LA BATALLA NAVAL EN LAS COSTAS DE CHILE

La prensa inglesa y la que de ella recibe sus inspiraciones, han tendido el manto piadoso del silencio sobre el combate naval librado en las costas de Chile. Por primera vez hace siglos una escuadra inglesa ha sido derrotada por otra de menos fuerza; la reputación gloriosa de la marina británica ha quedado momentáneamente oscurecida por el valor y la pericia de unos advenedizos, sin tradiciones maríneas. ¿Qué significa esto?

Unos pocos barcos alemanes quedan en los mares al estallar la guerra, alejados los unos de los otros y sin poder refugiarse en sus puertos para reforzar el poderío de su escuadra. Al mismo tiempo, la señora y reina de los mares destaca por todas partes innumerables barcos que den caza y destruyan a sus menudados enemigos. Con la desaparición de ellos el comercio británico podrá entregarse libremente a sus lucrativas transacciones, mientras el adversario vea con pavor cómo el hambre y la ruina se acercan a pasos agigantados. Para nadie tenía duda que Inglaterra alcanzaría inmediatamente y sin tropiezos este fácil objetivo.

Sin embargo, el *Goeben* y el *Breslau* en el Mediterráneo bombardean las costas de Túnez y escapan tranquilamente para ir a reforzar la flota turca y ponerla en condiciones de luchar con la rusa del mar Negro. El *Emden*, solo y aislado en el Indico, se pasea durante más de tres meses, causando incalculables daños a la flota mercante de los enemigos. El *Karlsruhe* imita y casi iguala las hazañas del *Emden*. Surgen cruceros auxiliares alemanes donde menos se esperaba, y la Gran Bretaña advierte con estupefacción, que apenas puede ocultar, que las fuerzas del

adversario no eran tan despreciables como había supuesto. Los submarinos, que parecían el arma de los marinos más experimentados, son un instrumento mucho más terrible en manos de los alemanes que de los ingleses; y para colmo de sorpresas, mientras se hunden los barcos mercantes que se aventuran en el mar del Norte a través de las minas fondeadas por los ingleses, atraviesa libremente la zona peligrosa una escuadra alemana y cañonea la costa inglesa, llenando de vergüenza a la terrible escuadra británica que no se atreve a salir de su fondeadero.

Clama Inglaterra que esto no es la guerra naval; que la verdadera guerra es aquella en que un enemigo más débil se presenta al descubierto ante los cañones del más fuerte; invita al combate en alta mar, allá donde la fuerza material es incontrastable, a la escuadra alemana; pero no recuerda y desconoce que ella, Inglaterra, hace lo mismo y mucho más en tierra que lo que critica en el mar a su odiada enemiga. En la guerra cada cual obra como puede y con los recursos que puede. Todavía no se recuerda el caso de que en una campaña el más débil se presente con los brazos abiertos ante su adversario para que éste le derrote y abata con más facilidad y menos pérdidas.

Por si este cuadro fuera poco halagador para la soberbia inglesa, la hazaña de los cruceros alemanes en el Pacífico ha venido a ensombrecer los colores.

Llenos están los mares del mundo de barcos de guerra ingleses. No obstante, cinco cruceros alemanes, que al romperse las hostilidades estaban dispersos en lugares separados por millares de leguas, encuentran el medio de reunirse para llevar a cabo una acción en común. Acechan al enemigo y descubren la ocasión de que éste está desprevenido y no cuenta con fuerzas inmensamente superiores, para caer sobre él y destruirle. No importa que se encuentren desamparados y sin poder valerse de ninguna base; no importa que la escuadra británica se jacte de ser la primera del mundo y la más maniobrera; cuando por adelantado se hace el sacrificio de la propia vida, nada hay imposible. Se sucumbirá, se morirá, como el *Emden*, pero ello no será sin que el adversario sienta los golpes y padezca crueles pérdidas.

A la pericia del almirante alemán, que sabe reunir sus cruceros y lanzarlos sobre los enemigos en el momento más favorable, responde la imprudencia del almirante británico privándose del decisivo apoyo de su único acorazado de combate, el *Canopus*; a la marcha en línea de fila de los barcos ingleses, con grandes intervalos, contesta el almirante alemán poniendo en cabeza sus unidades más veloces y concentrando el fuego sobre el barco enemigo de cabeza, para echarlo a pique antes de que lo pueda sostener el que le sigue detrás y que corre la misma suerte. ¿Este era el enemigo despreciable? ¿Era aquella la marina que durante tantos años ha tenido sojuzgado al mundo y se ha impuesto a todos, europeos y americanos, con la amenaza de los formidables cañones de los barcos?

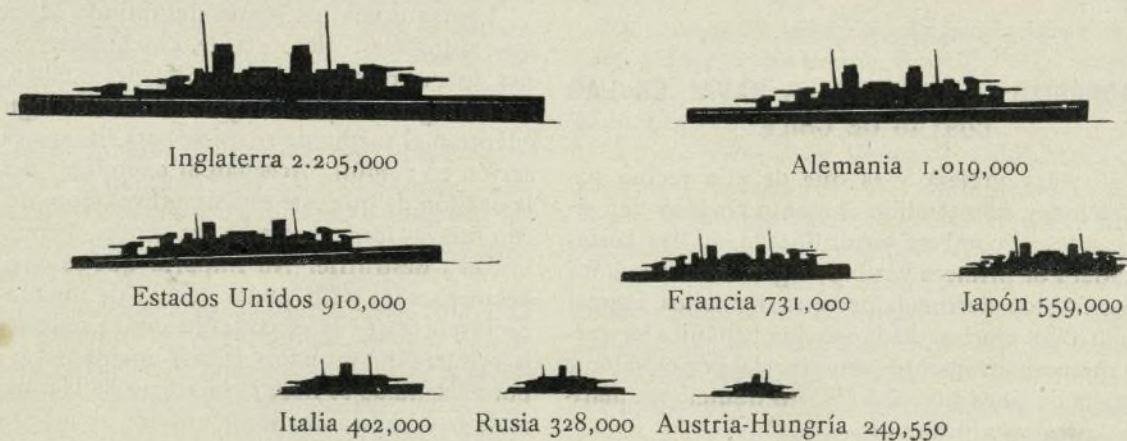
Perecerán los cruceros alemanes del Pacífico, no hay que dudarlo. Superior es la marina inglesa a la alemana, es evidente también. Pero aquí, como en los teatros terrestres, se acaba de comprobar que hay algo superior a la fuerza material y al espesor de las corazas y al alcance y calibre de los cañones: la fuer-

PODERÍO DE LAS NACIONES BELIGERANTES

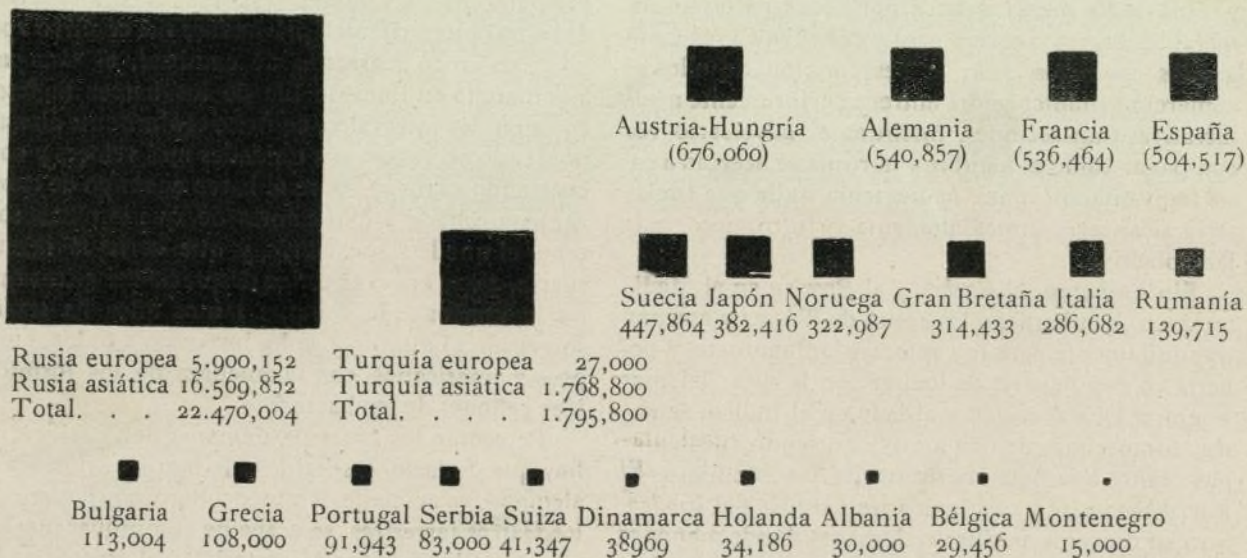
FUERZAS MILITARES



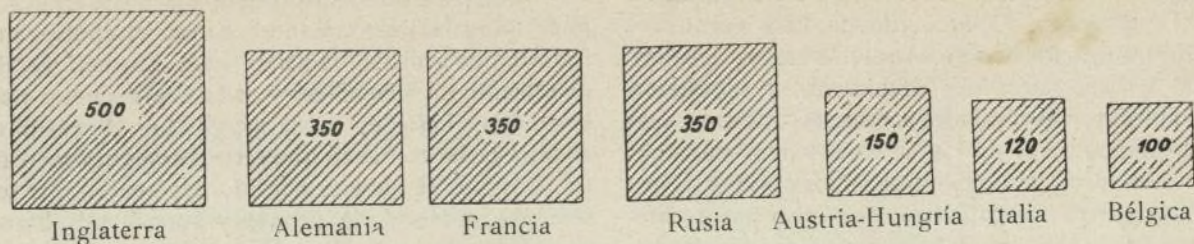
FUERZAS NAVALES (EN TONELADAS)



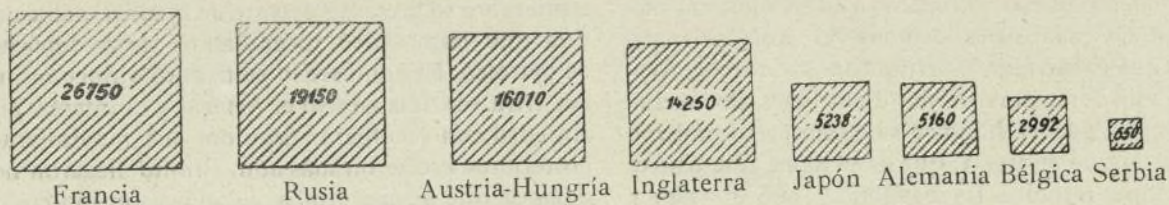
EXTENSIÓN TERRITORIAL DE LAS PRINCIPALES NACIONES (en kilómetros cuadrados)



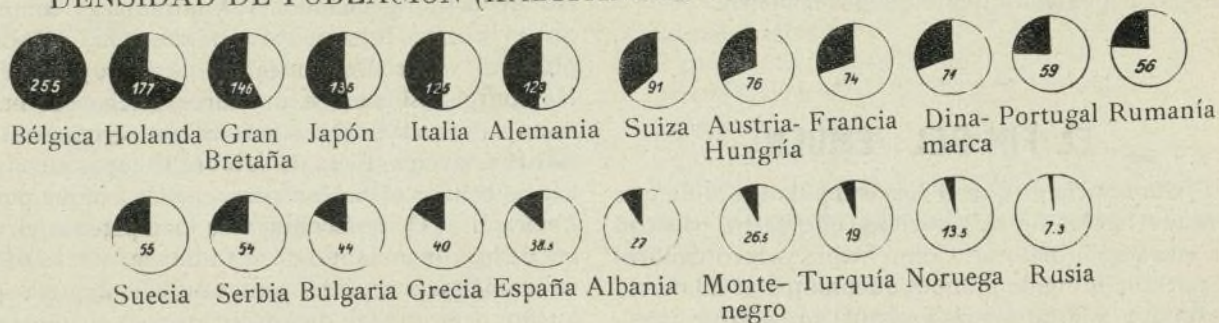
CAPITAL NACIONAL (EN MILLARES DE MILLONES)



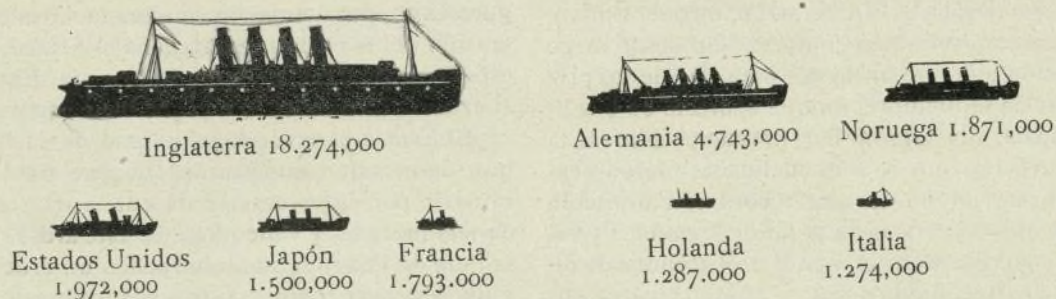
DEUDA PÚBLICA (EN MILLONES DE PESETAS)



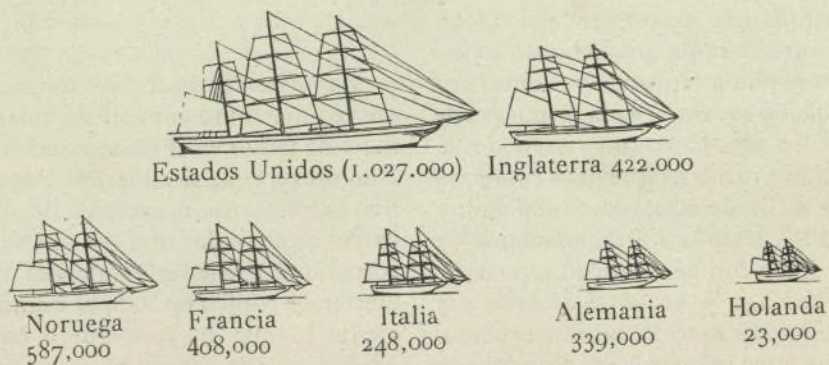
DENSIDAD DE POBLACION (HABITANTES POR KILÓMETRO CUADRADO)



FLOTAS MERCANTES DE VAPOR (EN TONELADAS)



DE VELA



NÚMERO TOTAL DE HABITANTES

Rusia 163.778.000.
Alemania, 66.303.000.
Japón, 52.200.000.
Austria-Hungría, 51.390.000.
Gran Bretaña, 46.122.000.
Francia, 39.601.000.
Italia, 35.845.000.
Turquía, 20.100.000.
España, 19.700.000.
Bélgica, 7.516.000.
Rumanía, 7.248.000.

Holanda, 6.022.000.
Suecia, 5.604.000.
Portugal, 5.423.000.
Bulgaria, 5.000.000.
Serbia, 4.500.000.
Grecia, 4.400.000.
Suiza, 3.770.000.
Dinamarca, 2.775.000.
Noruega, 2.370.000.
Albania, 800.000.
Montenegro, 400.000.

za moral, el corazón y la voluntad del almirante y las tripulaciones. El recuerdo de Lisa perdura y perdurará mucho tiempo. Aquellos barcos de madera de los austriacos que deshicieron y sepultaron bajo las olas a las unidades acorazadas italianas, fueron los precursores de los actuales barcos alemanes y los discípulos de tantos otros en los pasados siglos.

Si la guerra ruso-japonesa hizo creer por un momento que las batallas navales eran mera consecuencia de la aplicación de factores materiales; si la opinión general estimó indudable que las victorias navales no las ganaban ya los hombres, sino los ingenieros que construían y artillaban los barcos, Alemania está demostrando, por dicha para las naciones débiles, que el hombre será siempre, lo mismo en el aire, que en tierra, que en el agua, que bajo el mar, el que resuelva las batallas, y que el valor y eficacia de los elementos materiales dependen del alma y del entendimiento que los manejen.

SUBRIO ESCÁPULA.

EL FIN DEL «EMDEN»

«La noticia de que el *Emden* ha tenido el fin que era inevitable, ha sido recibida en nuestro país con la satisfacción natural. Como hemos ya recordado, el *Emden* ha infligido grandes quebrantos al comercio británico, y su presencia en aquel importante camino marítimo despertó mucha ansiedad, que repercutió en las primas de seguros.

Su suerte despierta, sin embargo, otro sentimiento, que acaso no será bien comprendido desde luego por la nación a la que sirvió tan bien. Desde los primeros días de septiembre, en que apareció en el golfo de Bengala, sus hazañas han llevado el sello de la osadía y atrevimiento, y estas cualidades fueron desplegadas hasta tal punto que recordaron al pueblo las tradiciones marítimas de la Gran Bretaña. Privado de todo auxilio y sin la menor probabilidad de renovar sus abastecimientos, quedó aislado en un vasto océano y reducido a luchar lealmente por su propia existencia. Esta labor la ha cumplido con un valor que amigos y enemigos le reconocen por igual. Cuando necesitaba carbón tenía que buscarlo en los barcos carboneros que podía capturar, y cuando necesitaba víveres había de encontrarlos, a la manera de los antiguos piratas, en alta mar, con riesgo de su propia existencia. No se recuerda que haya cometido ningún atentado ni realizado actos de brutalidad, y su capitán, von Müller, trató a las tripulaciones de los barcos que capturaba con generosidad y cortesía. Cuando apresó al *Kabinga* y encontró a bordo a la esposa del capitán, se abstuvo de hundir el barco, porque no quiso que una señora fuera abandonada en un bote en medio del mar. Su historia ha sido ya relatada; y dijimos, refiriéndonos al capitán von Müller, que esperábamos apresarle, pero que su vida sería respetada.

La labor del *Emden* ha sido comparada con la del *Alabama*, un crucero extremadamente pequeño. El famoso barco de la guerra de secesión americana, sin embargo, causó mayores perjuicios al comercio, y las operaciones del *Emden* no dejarán nunca la impresión en la marina mercante británica que las del *Alabama* sobre el comercio americano.

El *Emden* efectuó su primera aparición en el golfo de Bengala precisamente cuando el contingente indostánico acababa de partir para Europa. Estaba de estación en Kiao-Chau y nada había vuelto a saberse de él hasta el 10 de septiembre. A partir de aquella fecha comenzó una serie de ataques mercantes. Después de haberse perdido su pista durante seis semanas, apareció de pronto y apresó seis barcos mercantes en cuatro días. Fué entonces perseguido por los cruceros ingleses, pero los eludió, y el 22 de septiembre se presentó delante de Madrás, población a la que bombardeó, incendiando varios depósitos de petróleo. El bombardeo sólo duró quince minutos. Otra vez desapareció el *Emden*, y el interés y la ansiedad con que fueron seguidos sus movimientos posteriores crecieron más aún. Pronto llegaron noticias de que se encontraba en el océano Indico, no recibiendo nuevos partes de sus hazañas hasta mitad de octubre, cuando el Almirantazgo anunció que el crucero británico *Yarmouth* había echado a pique al vapor *Markomannia*, de la compañía de Hamburgo, así como a un barco griego que había acompañado al *Emden*, sin duda con carbón, municiones y víveres. El 22 de octubre se supo que cinco barcos británicos habían sido echados a pique por el *Emden* al S. O. de Cochín, y se hizo patente el deseo de los comerciantes de la India de que se adoptaran enérgicas medidas contra un enemigo tan pequeño, pero que tan desastroso era para el comercio. Como se ha visto después, las disposiciones tomadas por el Almirantazgo fueron bien concebidas y de seguro éxito, pero teniendo en cuenta la enorme extensión del mar en que navegaba el *Emden*, no podía esperarse un resultado tan inmediato. Entre tanto, el crucero alemán echó a pique otro vapor japonés.

El *Emden* pareció darse cuenta de la hostilidad que despertaran sus hazañas, porque trató de disimularse por la colocación de una cuarta chimenea, de tela pintada, y valiéndose de este ardid, entró en la rada de Penang, donde torpedeó un crucero ruso y un destroyer francés. Esta fué la última de las proezas realizadas por el barco alemán.

La misión de los barcos despachados contra el comercio marítimo consiste en crear un estado de alarma y de temor en el océano, para obligar al comercio a no moverse de los puertos. Para realizar este objetivo es necesario, no solamente destruir unos pocos barcos aquí y allá, sino dar una serie de dramáticos golpes que exageren el alcance de su labor y despierten el pánico en todo el mundo. Esto es precisamente lo que ha conseguido hacer el capitán del *Emden*, en una extensión y de tal manera que no se le ha aproximado ningún otro barco alemán. Por este motivo y también por la cortesía que ha mostrado para los prisioneros ha atraído sobre sí el interés del pueblo británico. Como nación no podemos menos de abrigar un alto sentimiento de respeto para un hombre que se ha distinguido tanto como el capitán del *Emden*. Llevó a cabo la desagradable tarea que era su deber, desplegando toda clase de consideraciones para los combatientes de los barcos que apresaba.»

(De *The Times*).

Una nación de reputación tan gloriosa y secular en materias navales como la Gran Bretaña, no podía menos de reconocer las elevadas cualidades del capitán del *Emden*; pero ello honra tanto al capitán von Müller, como a la Gran Bretaña. Fuertes los ingleses en el mar, son los primeros en reconocer el mérito del enemigo cuando da muestras de él. El Almirantazgo dispuso que se concedieran todos los honores de la guerra a los sobrevivientes del *Emden* y que el capitán y los oficiales conservaran sus espadas.

El valor de los diecisiete barcos británicos, con sus cargamentos, destruidos por el crucero alemán, excede de trece millones de duros en oro.

CURIOSA CORRESPONDENCIA FRANCO-ALEMANA

De la misma manera que los serbios y austriacos se han enviado cartas mutuamente, de trincheras a trincheras, incitando cada cual al otro a rendirse, han entrado también en correspondencia nuestros soldados grises con los de los pantalones rojos, gracias a la proximidad de las trincheras de los dos ejércitos en algunos puntos del teatro occidental. El siguiente cambio de correspondencia tuvo lugar en los atrincheramientos al S. de Noyon; lo ha dado a conocer el poeta Dehmel, uno de los protagonistas.

La primera carta fué enviada por una patrulla alemana, al amanecer de cierto día, a los ocupantes de una trincheras enemiga distante cincuenta metros. La carta fué clavada al tronco de un árbol y decía así; estaba escrita en francés:

«Valientes soldados franceses:

»Estáis derramando inútilmente vuestra sangre por esos hipócritas ingleses que estrujan a todo el mundo, sin serviros para nada. Entregan la Francia a la ruina, como hicieron con Bélgica, y habréis de perecer de hambre. Hemos tomado Amberes, hemos cogido prisioneros a casi 300.000 rusos y estamos victoriosos en toda la línea. Esta es la verdad, la pura verdad, a pesar de todas las mentiras inglesas. Pasad a nuestras líneas; seréis tratados como amigos. Tendréis comida para los diez dedos de las manos (con abundancia) y nada habéis de temer de nosotros. Sólo sentimos piedad por vosotros. ¿No sabéis que poseemos víveres y municiones para largos años? El que se venga con nosotros durante los dos días siguientes con una bandera o cualquier objeto blanco, y naturalmente, sin armas, será bien recibido. Por esta promesa, dan su palabra de honor.—Manitius, Oficial prusiano, — Dehmel, poeta alemán».

Algunos días más tarde, una patrulla encontró el siguiente escrito (en alemán), pendiente del mismo árbol:

«Contestación a la carta del señor oficial Manitius y el poeta Dehmel:

»Las noticias que nos dáis son ya viejas. Sabemos hace una semana la rendición de Amberes. Sabemos también que los rusos, de nuevo, han tenido que retroceder a Rusia, pero que han concentrado su inmenso ejército, y que ahora, de nuevo, avanzan victoriosamente en Alemania contra vuestros 24 cuerpos de ejército. De los soldados austriacos no os decimos

nada, porque no vale la pena. Creo que llamáis mentirosos a los ingleses, nuestros amigos, porque combaten a nuestro lado por la libertad y el derecho de los pueblos. El que os ha contado que el soldado francés padece hambre, os ha engañado. ¡Conocéis, por desgracia, los inmensos recursos de nuestra hermosa Francia! Debo repetir que estáis perdidos. Toda Europa se ha alzado contra Alemania y resultaremos victoriosos, para matar a vuestro Kaiser y devolveros la libertad. Sois torpes esclavos; sed libres; vuestro Kaiser ha de ser destronado; Alemania está perdida. ¡Venid con nosotros!—Un soldado francés, conocido de los estudiantes alemanes y libertado del yugo imperial».

A la carta acompañaba un Menú caligráfico, fechado el 19 de octubre, que rezaba así:

«Homard a l'anglaise.

Beurre de Danemark.

Poulet sauté chasseur.

Choux de Bruxelles.

Gigot bonne femme.

Beignets algériens.

Crème au chocolat.

Confitures.—Café.

Vins: Cru du Convoi, sans carte; cuvée réservé Barsac; Champagne Devaux, cuvée sauvée du bombardement.

Liqueurs variées».

En uno de los bordes del Menú había escritas las siguientes palabras: «Esta es la lista de una de las comidas que hacen los oficiales franceses, y que envían amistosamente a los oficiales alemanes».

A esta jactancia gala, los alemanes respondieron, el 25 de octubre, colgando la misiva del mismo árbol, en estos términos, escritos ya en alemán:

«Os agradecemos mucho vuestro amistoso envío, y podéis creer que tendremos gran gusto en comer con vosotros cuando nos encontremos en París. Por ahora estamos en campaña, y la comida del oficial alemán no se sujeta a otro menú que al común de los soldados; nuestra cocina de campaña no cesa de funcionar. No diremos muchas palabras acerca de la «libertad y el derecho», preferimos atenernos a los hechos. Esta guerra os devolverá a vosotros una libertad, un orden y una unidad iguales a las que hemos disfrutado nosotros durante cuarenta años de paz bajo el mando de nuestro Kaiser. A la triste Francia se dirigen,—Manitius y Dehmel».

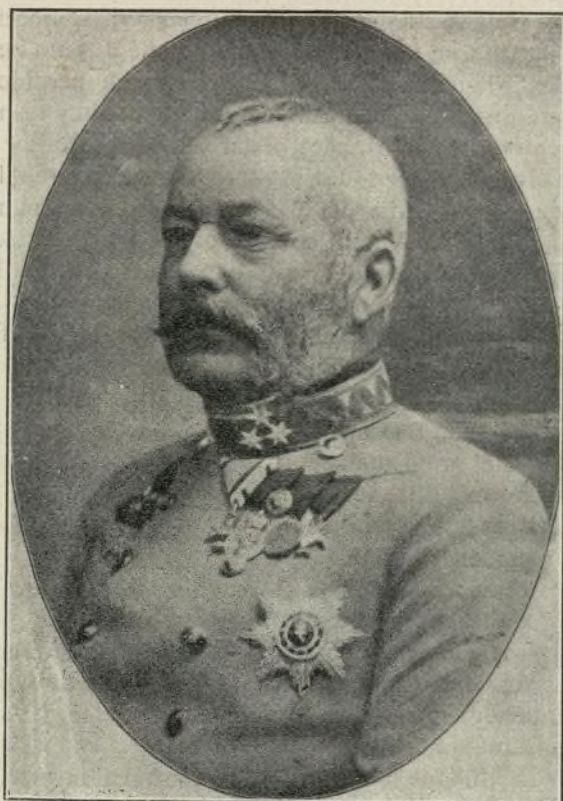
La correspondencia no pudo continuar, porque en los días inmediatos la compañía alemana que ocupaba la trincheras fué sacada de allí y enviada a otro lugar.

RICHARD DEHMEI.

(De la *Frankfurter Zeitung*).

LA FLOTA RUSA DEL MAR NEGRO

La escuadra rusa del mar Negro se compone de siete acorazados pre-dreadnoughts, siendo los más modernos el *Erstavi* y el *Zlatust*, que fueron botados en 1906. Otros cuatro, *Pantaleimon*, *Svyatitelya*, *Pobiedonosets* y *Sinope*, fueron botados entre 1887 y 1900. El tonelaje de los seis acorazados varía de 11,230 a 13,318. El más pequeño, 9,000 toneladas, es el *Rotislav*, botado al agua en 1906. La rapidez es de unos



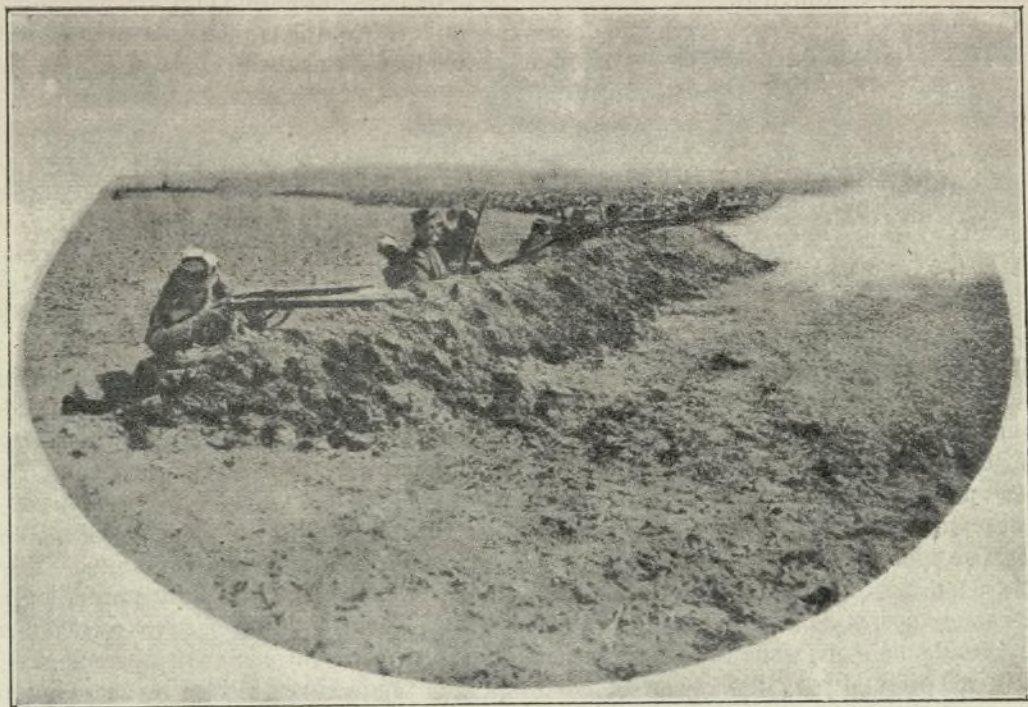
El archiduque Federico, Comandante en jefe del ejército austro-húngaro



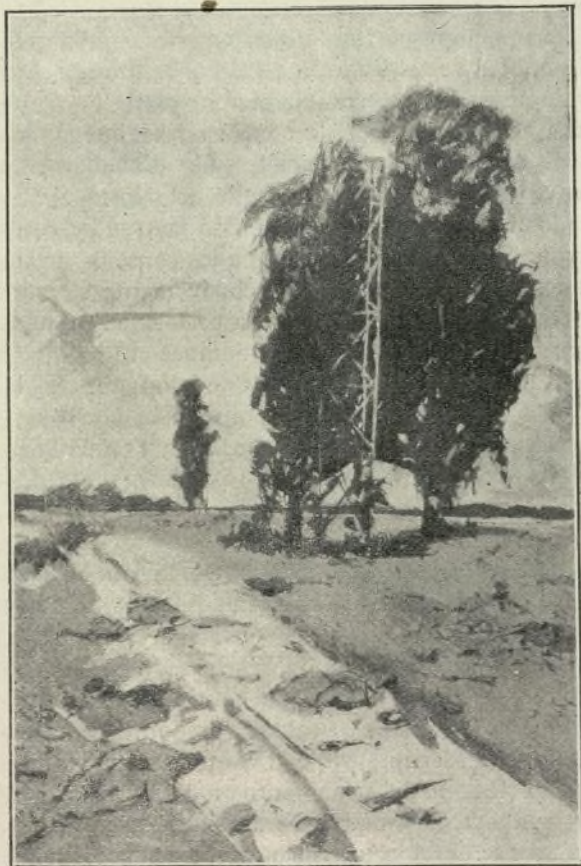
El general alemán von Kessel, gobernador de las Marcas



Las tropas belgas batiéndose en una calle de Malinas



Infantería francesa detrás de una trinchera, en los alrededores de Belfort



En la frontera de la Prusia oriental. Escalas de que se sirven los rusos para instalar ametralladoras en lo alto de los árboles. (Por el suelo se ven los destrozos causados por las granadas alemanas)



Infantería rusa construyendo un reducto cerca de la frontera alemana

16 nudos, y el armamento de los seis mayores comprende cañones de 30,5 centímetros.

Hay en aquel mar dos cruceros: el *Kagul* y el *Merkuria*, de 6,675 toneladas, con cañones de 15

centímetros y una velocidad de 23 nudos. La flotilla de destroyers, doce unidades, alcanza velocidades de 26 nudos. Completan la escuadra algunos barcos pequeños y diez submarinos.

CRÓNICA MILITAR

I. El error estratégico de Rusia.—II. El pretendido fracaso de la maniobra en Francia.—III. La situación el 27 de noviembre.

I. — El error estratégico de Rusia

Si los alemanes comenzaron equivocadamente la campaña en Bélgica y Francia, por no haber tenido lo bastante en cuenta el factor británico, mayor aún fué la equivocación de los rusos al comenzar su campaña en el mes de agosto.

Está fuera de duda que Alemania y Austria no sabían una palabra acerca de la movilización rusa, ya terminada; los alemanes dejaron punto menos que indefensa la Prusia oriental y la Silesia, y los austriacos reunieron poco más de la mitad de su ejército en Galizia, creyendo que con esa masa tendrían bastante para invadir la Polonia y derrotar al enemigo, cuyas fuerzas estimaban muy inferiores a las que realmente eran. Sabido es el resultado de aquella campaña. En el S., a los primeros éxitos austriacos siguió la invasión de Galizia, la derrota de Rava-Ruska, el movimiento envolvente contra Lemberg y la retirada precipitada de todo el ejército; en el N., los rusos, divididos en dos masas, se internaron sin grandes dificultades en Prusia, rechazando a los débiles contingentes que se les oponían. Pero la torpeza de avanzar en la región de los lagos, dió ocasión al general von Hindenburg para derrotar al ejército del S. y marchar luego de flanco contra el del N., que hubo de batirse en retirada, perdiendo mucha gente y material de guerra.

Si en lugar de concentrar casi todas sus fuerzas contra Austria, los rusos se hubieran limitado a defender la línea del Vístula apoyándose en Ivangorod y abandonando el resto, para ir conteniendo poco a poco a aquéllos y las reunieran contra los alemanes, tomando una ofensiva enérgica, es muy probable, por no decir seguro, que Koenigsberg fuera sitiado y envuelto, que los ejércitos rusos llegaran a la vista de Dantzig, y que las líneas del Prosna y sus fortalezas quedaran a retaguardia, y directamente amenazado el corazón mismo de Alemania. No creo que llegaran a Berlín, ni mucho menos, porque la completísima red de ferrocarriles alemanes permite a éstos el rápido traslado de sus tropas de una frontera a otra, pero de todos modos los horrores de la guerra no se hubieran limitado a las regiones fronterizas, y antes del 20 de agosto Alemania habría tenido que acudir a conjurar este peligro, fracasando su avance por Bélgica y el movimiento contra la frontera norte de Francia.

Faltaron los rusos al principio de concentración de fuerzas, y lo pagaron caro. Ni Austria ni Alemania son enemigos tan despreciables que se les pueda acometer con fuerzas insuficientes y sin la mayor prudencia. Además, es punto menos que imposible

alcanzar la victoria en todos los puntos de una frontera de centenares de kilómetros; lo que conviene es obtenerla en los puntos decisivos y contra el enemigo más temible. Nada de esto tuvieron en cuenta los rusos.

Al revés de ellos, los alemanes al iniciar la campaña en Polonia reunieron en este teatro la casi totalidad de sus fuerzas, abandonando en la Prusia oriental y occidental los efectivos estrictamente indispensables para entretener las operaciones, mientras que por segunda vez, si bien no de un modo tan pronunciado, los rusos fraccionaban su ejército en tres grandes núcleos: el del N., que nada hizo de provecho ante la enérgica defensa de los alemanes en la Prusia oriental; el del centro, derrotado en Polonia por haberse a su vez fraccionado en dos grupos separados por un gran río; y el del S., que perseguía la derrota de los austriacos, que parece ser la obsesión rusa.

Serio peligro corrieron los alemanes en el mes de agosto. Tal vez se libraron de él por la presión que los ingleses y franceses ejercieron sobre los rusos para que éstos tomaran la ofensiva desde luego, antes de acabar la concentración; sólo diez días eran necesarios para reforzar el ejército del Norte, el destinado al ataque de Alemania. Sea porque los rusos fueron débiles y se sometieron a los consejos de sus aliados, sea por un error exclusivamente suyo, la ventaja material de su enorme superioridad numérica en los meses de agosto y septiembre no les sirvió más que para la fácil conquista de la mitad de Galizia, más que ampliamente compensada por la destrucción del ejército de Shillinski en Tannenberg, la derrota de *Rennenkampf* en Insterburg y el fracaso de la invasión de Hungría.

II. — El pretendido fracaso de la maniobra en Francia

La extraña situación que se ha creado en Francia hace cerca de tres meses y que continúa, se ha atribuido a las más diversas causas, predominando entre ellas la de ser imposible la maniobra y el ataque, por la perfección del armamento moderno y la protección que ofrecen los atrincheramientos de campaña. Esta idea se ha abierto paso aun entre los técnicos, y no ha faltado general alemán que ha pretendido explicar la paralización de las operaciones activas por los motivos indicados. Las citas de las guerras napoleónicas, de las campañas de Federico, Annibal, etcétera, están a la orden del día, y hasta los más pequeños se alzan para proclamar la ineptitud de los generales del Kaiser, que se han detenido irresolutos ante

las débiles trincheras enemigas. Nada tan lejos de la verdad como esa creencia, y nada tan injusto como culpar a los generales alemanes por una falta que, en todo caso, recaería con más pesadumbre sobre los caudillos de los aliados.

En el primer período de la guerra en el teatro occidental, no ya las trincheras, sino tampoco los fuertes permanentes con casamatas acorazadas y cúpulas, detuvieron a los alemanes. Namur, además de sus defensas permanentes, había sido atrincherado en todas sus avenidas, lo cual no bastó a contener el empuje de los alemanes. De nada sirvieron para entorpecer la invasión los fuertes de Maubeuge, ni los de Verdun, ni los de tantas otras plazas. Y ahora se pretende que menguadas líneas de defensa, que no protegen siquiera eficazmente contra el tiro de las piezas de campaña, consigan resultados superiores a las de las fortalezas bien artilladas y con guarniciones numerosas y escogidas.

En otro concepto, esos mismos generales alemanes y las mismas tropas que han perdido su acción maniobrera en Francia, son quienes están ejecutando hace más de tres meses marchas y contramarchas en Rusia, persiguiendo la resolución de la campaña por el combate y la maniobra. Y cuenta que en la Polonia y en Lithuania apenas hay caminos, que las vías férreas han sido casi todas destruidas, que abundan las regiones pantanosas y las lagunas, que la nieve cubre el suelo, y que, en suma, parecen haberse reunido todos los obstáculos capaces de impedir la marcha de las tropas.

¿Cómo en Rusia se lleva la guerra de un modo tan diferente a como se desarrolla en Francia? ¿Cómo en ésta no se han repetido los rápidos movimientos de Bélgica, el Marne, Lorena y Alsacia en los primeros tiempos de la guerra? Alguna razón debe haber, pero nunca ha de atribuirse la causa a la artillería y a la fortificación, porque ni estos elementos son nuevos ni han dejado de aplicarse en grande escala en todas las campañas modernas.

El recuerdo de lo acontecido hasta aquí tal vez arroje alguna luz.

Con un ejército sensiblemente igual o algo inferior al de los aliados, los alemanes abrieron la campaña en el teatro occidental, y una vez asegurada la entrada por Bélgica y realizado el despliegue estratégico, el ataque tuvo lugar de un modo extremadamente enérgico y violento, desenvolviéndose con una rapidez que los mismos franceses no esperaban; por el N. y en Lorena los aliados fueron derrotados y hubieron de replegarse a toda prisa en desorden, abandonando plazas fuertes y cediendo leguas y leguas de terreno sin disputarlo al enemigo. Pero la imprevista y anticipada movilización de Rusia, que tuvo como consecuencia la invasión de la Prusia oriental y la ocupación de gran parte de Galizia, obligó a los alemanes a acudir sin perder un momento al peligro más grave que les amenazaba; en Francia se replegaron al Aisne y se mantuvieron a la defensiva estratégica, aunque sin abandonar la ofensiva táctica. Con fuerzas inmensamente superiores, los aliados no pudieron romper la barrera opuesta por el invasor, y frustrados los primeros ataques, volvieron a su actitud defensiva, considerándose poco menos que victoriosos porque los alemanes no avanzaban. ¿Cómo iban a avanzar si no tenían fuerzas

suficientes y les retenían lejos de aquel teatro otras atenciones? Mientras Joffre perdía un tiempo precioso en ataques de frente y luego planeaba premiosamente un movimiento envolvente, despojándole de la primera condición del éxito, la rapidez, los alemanes iban completando la dominación de Bélgica y se apoderaban de Amberes. Iniciado el movimiento envolvente contra la derecha alemana, los débiles contingentes aún disponibles cubrieron el lugar amenazado, y el invasor eligió y ocupó la línea que le permitía esperar y mantenerse seguro con pocas tropas. La forma en escuadra del frente de batalla obedecía, como dije en otra crónica, a la conveniencia de concentrar las reservas y facilitar su acción en el punto en que las circunstancias recomendasen su presencia. Entre tanto, los aliados, gracias a los refuerzos británicos y la completa incorporación de las tropas francesas de Africa, adquirían una superioridad numérica notable, que tampoco les sirvió para desalojar y mucho menos derrotar al enemigo; lejos de eso, los alemanes no cesaron de avanzar aunque paso a paso y sin empeñar apenas sus tropas de infantería, valiéndose para ello principalmente del concurso de la artillería según he explicado ya.

Desde otro punto de vista, la acción en occidente no ha de dirigirse contra Francia, sino contra la Gran Bretaña, y no hay para qué volver a recordar que esa acción obliga a los alemanes a reservar sus fuerzas y tenerlas dispuestas para despacharlas en el momento adecuado en la dirección conveniente.

Pero en Rusia hay que conseguir otro objetivo. Allí se persigue la destrucción del ejército enemigo; se ha de favorecer al mismo tiempo la libre intervención de Turquía para que la guerra pueda extenderse por el Asia; y de esta suerte, a pesar de las dificultades del terreno y del tiempo, mil veces mayores que las de la fortificación y la artillería en Francia, los ejércitos austro-alemanes maniobran rápidamente y no cesan de batallar contra los rusos. Cuando el objetivo en oriente haya sido alcanzado, o cuando el rigor de la temperatura obligue a aplazar las operaciones activas; cuando, al mismo tiempo, llegue el instante de caer sobre Inglaterra, no hay que dudar que las maniobras comenzarán en Francia, es decir, se reanudarán con energía y sin pausas ni entorpecimientos ficticios. No habrá otros obstáculos que los opuestos por las tropas aliadas.

Se achaca a los alemanes el error de haberse establecido en occidente a lo largo de una línea continua, y con este motivo se prodiga la erudición barata, al alcance de cualquier alumno de arte militar, mostrando los gravísimos inconvenientes de las tales líneas. Pero en estas críticas se pierde de vista un punto capital: los inconvenientes son comunes a los dos ejércitos que se encuentran frente a frente, y los ha de tocar aquel de los dos que persista en mantenerse a la defensiva; en cambio, aquel que adopte la ofensiva, ahora o dentro de un lustro, será favorecido por la torpe situación en que se ha colocado su adversario. Por consiguiente, el error no puede atribuirse a los alemanes ni a los aliados, en los presentes momentos. Cuando cambie la marcha de la guerra y se emprendan las acciones decisivas, se verá quien es el que ha incurrido en la equivocación.

Todos los indicios son de que la torpeza no está en el lado alemán. Si siendo superiores en fuerzas

materiales los aliados no han podido tomar la ofensiva y tienen que ir retrocediendo poco a poco, es de creer que cuando el equilibrio numérico se restablezca no vacilen los invasores en pasar por encima de los débiles atrincheramientos que se les oponen y llegue la campaña a su período álgido. Sin embargo, conviene repetirlo, hasta que este caso llegue no cabrá discernir quién es el equivocado de los dos partidos.

Tampoco cabe predecir si la actual situación se prolongará mucho o poco tiempo. A mi juicio está directamente enlazada con el cierre del estrecho de Dover y el establecimiento de baterías de gran calibre en la costa belga y el montaje de los torpederos y submarinos, pero también pudiera ser que se anticipase el comienzo de las operaciones activas. Lo que sí puede asegurarse, sin temor a que los hechos lo desmientan, es que la barrera actualmente constituida desde los Vosgos al mar, caerá al primer golpe serio y bien dirigido de aquel de los dos ejércitos que ejecute una maniobra acertada y resuelta. Cuando se dé la orden de avanzar, la campaña en el teatro occidental será todavía más enérgica que la que se está desarrollando en Rusia.

III.—La situación el 27 de noviembre

El almirantazgo británico anuncia la pérdida del acorazado inglés *Bulwark* atribuyendo la catástrofe a la explosión de la santa bárbara. Tenía el *Bulwark* 15,000 toneladas, fué botado al agua en 1899, y su armamento consistía en cuatro cañones de 30,5 centímetros, 12 de 15, 16 de 7,6, 6 de 47 milímetros y dos tubos lanzatorpedos.

Un submarino alemán ha sido echado a pique por un destroyer enemigo, y se anuncia la pérdida de otro, aunque no ha sido confirmada.

En aguas del mar Negro hubo un pequeño combate entre los cruceros turcos (antes alemanes) *Goeben* y *Breslau*, y una división de la flota rusa, compuesta por cuatro acorazados, dos cruceros y varios torpederos. Se cruzaron varios cañonazos y los barcos rusos huyeron a toda velocidad. El *Goeben* y dos barcos rusos sufrieron averías de bastante importancia.

Nada de particular ha ocurrido en los últimos días en el teatro de operaciones del Oeste. La acción se ha reducido a un cañoneo más o menos violento. Parte de la escuadra inglesa ha bombardeado el litoral de Bélgica ocupado por los alemanes, sin causar daños de consideración. Parece algo arriesgada esta intervención de las unidades de combate en los combates de la costa, porque se aproximan bastante a la playa y se exponen a los ataques de los submarinos alemanes.

En Rusia continúan los combates en todo el frente desde Lodz al N. de Cracovia. Como los alemanes dan noticias muy escuetas de sus victorias y las que llegan sobre los éxitos rusos se repiten muchos días, es imposible saber aproximadamente lo que sucede, ni hacia qué partido se inclina la victoria. Lo que sí parece fuera de dudas es que el objetivo ale-

mán tiene un alcance exclusivamente militar: la inutilización del ejército enemigo, mientras que los rusos se proponen la invasión de Silesia, Hungría y Prusia Oriental. Los primeros buscan la batalla en campo abierto, atrayendo al enemigo a los lugares donde más fácil sea la maniobra, que es la cualidad más sobresaliente del ejército alemán. En el teatro de Polonia poca importancia tiene que los alemanes avancen más o menos, mientras no lleguen a Varsovia o, por el contrario, tengan que repasar su frontera; lo interesante es saber si consiguen derrotar nuevamente a su enemigo o han de efectuar un nuevo repliegue seguido inmediatamente de otro ataque como el de Vlacoviecs. Por el N. del Vístula, las tropas alemanas han avanzado para operar de concierto con las que están empeñadas en los combates de la región de Lodz. En el sector de Cracovia los rusos anuncian la captura de algunos millares de austriacos, mientras éstos aseguran que han derrotado a aquellos y les han cogido muchos prisioneros. También son contradictorias las noticias que llegan de Przemysl y de las faldas de los Kárpats.

En la Prusia oriental las operaciones tienen poca importancia. Ni por una ni por otra parte se tiene gran prisa en llegar a un encuentro decisivo, y los dos ejércitos se observan y tantean, sin atreverse los rusos, muy superiores en número, a repetir su desgraciada tentativa de invasión.

Según noticias fidedignas de origen alemán, el comandante en jefe de todo el ejército aliado en el E. es el coronel general von Hindenburg.

Los combates en el Cáucaso prosiguen, a pesar del mal tiempo. Los rusos han proclamado una victoria al N. E. de Erzerúm; el lugar donde la han obtenido está 25 kilómetros dentro del territorio ruso, lo que demuestra y confirma que los turcos llevan la mejor parte en la guerra, hasta el presente. Pero también los turcos refieren que han derrotado a los rusos en el mismo lugar. Lo único cierto es que los turcos han cruzado la frontera y que les apoyan destacamentos persas.

Los ingleses han cañoneado y desembarcado en Akaba y Basoráh. Este último punto es importante porque constituye el término del ferrocarril en proyecto de Bagdad, en que tanto interés tenían los alemanes. Los turcos, por su parte, se mueven hacia el canal de Suez, y al parecer han pasado ya la frontera de Egipto en Asia. Un destacamento de tropas indígenas se ha pasado a sus filas.

La primera fase de la batalla de Lodz, en la Polonia rusa, terminó con ventaja para los alemanes, que hicieron 40,000 prisioneros y cogieron 70 cañones y 156 ametralladoras, gracias al envolvimiento de la izquierda rusa. No obstante, la batalla continúa, porque el gran duque Nicolas llamó desde el primer momento fuertes masas hacia el N., procedentes del centro. Si la izquierda alemana se ve obligada finalmente a retroceder, es de suponer que se entable una nueva batalla.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

27 de noviembre de 1914.